



SUMARIO

El futuro de la civilización es la revolución	3
El <i>otoño francés</i>	5
La revolución rusa de 1905	8
Acerca del sindicalismo, sus limitaciones y cómo superarlas	20
¡La ideología proletaria al mando!	25
El movimiento espontáneo en imágenes	28

SEPARATA

La nueva orientación en el camino de la
Reconstitución del Partido Comunista (2ª parte)
II. Conciencia y revolución

En portada: Representación pictórica de una huelga de obreros ferroviarios rusos en 1905.

EDITORIAL

El futuro de la civilización es la revolución

La contradicción principal de nuestro tiempo, la que enfrenta a los países oprimidos con los países imperialistas, ha sido contemplada demasiadas ocasiones únicamente en su aspecto económico: la desesperación y la necesidad en los países oprimidos han sido, casi en exclusiva, las razones esgrimidas para explicar los diversos movimientos de resistencia que han recorrido el planeta durante las últimas décadas. Los pobres, los desesperados, los inmigrantes, marginados... han sido siempre para los países imperialistas la encarnación del guerrillero, el terrorista, el delincuente... al que debemos condenar o con el que debemos solidarizarnos. Es por eso que en los países imperialistas se ha abrazado la causa internacionalista sometiéndola siempre a una concepción burguesa de la lucha, de modo que nunca ha rebasado el marco de la resistencia y ha renunciando de antemano a cualquier proyecto realmente revolucionario.

Sin embargo, actualmente estamos asistiendo a acontecimientos que ponen de relieve la insuficiencia de esta corta visión. Los atentados del 7-J en Londres, realizados no por pobres ni desesperados, sino por respetables ciudadanos pertenecientes a los sectores acomodados de la sociedad británica, que se cargaron de bombas y explotaron en pleno centro metropolitano; o, más recientemente, a principios de noviembre, el caso de Muriel Degauque, la panadera, belga de Charleroi, de origen europeo y cultura occidental, ésa que no le ofreció respuestas –como tampoco ninguno de los partidos *del trabajo* de su país– sino para huir hacia el Islam, en cuyo nombre se inmoló en supremo acto de sacrificio y de libre albedrío cerca de Bagdad, como ofrenda de terror, odio y muerte hacia el invasor. Ante estos hechos, el pragmático modo de pensar al que estamos acostumbrados se queda sin argumentos. Los suicidas han hecho estallar con ellos toda la autocomplacencia en la que se regodea Occidente y ha recordado a nuestra opulenta sociedad la capacidad subversiva que existe en la conciencia, algo que hace tiempo habíamos olvidado. Dejando bien claro que no sólo es la cuestión económica la que enfrenta al imperialismo con los países oprimidos sino que también, y sobre todo, se trata de concepciones del mundo enfrentadas. Pero veamos cuales son los rasgos fundamentales de este enfrentamiento y como influyen en el desarrollo de la lucha de clases.

Ciertamente la caída del bloque socialista y la derrota del primer ciclo revolucionario permitieron una ofensiva a gran escala del capital, ante la que el islamismo, en ausencia de alternativa, quiere presentarse como la única opción capaz de hacer frente al imperialismo y es capaz de sumar cada vez sectores más amplios de las masas. Pero la raíz de clase fundamentalmente burguesa que tiene el islamismo le hace concebir la lucha antiimperialista únicamente como lucha frente a las potencias opresoras, negando la lucha de clases que existe en el interior de los países árabes. Por eso el islamismo podrá quebrantar momentáneamente al imperialismo, pero en ningún caso puede derrotarlo y mucho menos significar una alternativa emancipadora para la clase obrera.

Sin embargo el auge de este espejismo poco o nada tiene que ver con el un supuesto *choque de civilizaciones* como sostienen S. Huntington y los demás adalides del imperialismo, teoría que por otra parte sirve muy bien para comprender el desarrollo ideológico alcanzado por la concepción del mundo de la burguesía en EEUU y sus aliados. Esta pretende identificar la democracia burguesa y la libertad de mercado –presentados, eso sí, de forma abstracta y neutra, ocultando su raíz de clase– productos netamente occidentales, como valores universales. Con ello pretenden justificar sus planes hegemónicos al más puro estilo colonial y convierten en terrorismo todo aquello que los contraviene.

El imperialismo europeo, aunque carece por el momento de una fuerza militar necesaria para actuar independientemente, y a pesar de las trabas de los sectores más reaccionarios de las burguesías nacionales, favorables a la alianza estratégica con EEUU, tampoco le anda a la zaga. Así, el estado español al tiempo que dobla la altura de la valla de sus fronteras y envía al ejército para tratar de cerrar el paso a las masas hambrientas, propone una *alianza de civilizaciones* contra el terrorismo, transposición en positivo y en versión eurocentrista de la teoría del *choque* que, aparte de demostrar la pereza intelectual del oportunismo, no puede ser más que un acuerdo reaccionario entre las burguesía europea y árabe para el desarrollo de sus intereses y, sobre todo, hacer frente común a cualquier amenaza que pueda ponerlos en peligro.

Mientras por otro lado, en la educada Francia, abanderada indiscutible de la recepción de culturas, los hijos de los inmigrantes y los jóvenes obreros de los suburbios, tan franceses como Chirac, obligan a su gobierno a decretar el estado de excepción, haciendo preguntarse a medio mundo que es lo que ha fallado. Y es que el imperialismo que esquilma a los pueblos del mundo condenándolos a la miseria y forzando a sus gentes a emigrar, solo está dispuesto a aceptar la inmigración que necesita para abaratar la mano de obra de sus metrópolis. Éste es realmente el *efecto llamada*, la verdadera causa de la falta de integración: se necesita aumentar el ejército de reserva y cuanto mayor sea, mejor para el capital. Una vez conseguido el objetivo, ya no los necesita y no duda, como con el resto de los obreros, en dejarlos abandonados a su suerte. Por eso el doble discurso inmigración legal-ilegal, que se utiliza para encubrir una ideología que basa el

progreso y el desarrollo de unos cuantos en la explotación y la miseria de mayor parte de la humanidad.

En conclusión, tanto los atentados de Londres como la revuelta espontánea en Francia demuestran una vez más que el imperialismo es incapaz de resolver los grandes problemas de la humanidad, y que la salida revolucionaria no depende ya del desarrollo de las condiciones objetivas, sino de la capacidad de la clase obrera, y sobre todo de su vanguardia, para emanciparse de la concepción del mundo burguesa y abandonar de una vez por todas la política obrerista y el economicismo teórico que han llevado a nuestro movimiento a su actual estado de postración. Sólo así podrá recuperarse el marxismo-leninismo como la ideología de vanguardia capaz de elaborar la alternativa necesaria que derrote al imperialismo.



El otoño francés

Los *comunistas* de hoy son prelados del pragmatismo y doctores en practicismo. En política, no hay mente más alérgica a las ideas, ni cabeza más impenetrable para los problemas teóricos que las del *cuadro* comunista medio actual. Nadie hubiera pensado jamás que el antecesor de este espécimen que se alimenta del polvo de marchas y manifestaciones, huelgas, firmas de convenios y charlas de café fue un adicto al polvo de los libros del British Museum. Pero da igual si el venerable y sabio maestro, por ignorado, no puede ayudar. A veces, la lección se presenta donde menos se busca. ¿Y qué mayor autoridad para el práctico que la práctica? Y es que el reciente *otoño francés* ha impartido la más docta lección práctica. Sobre los hechos, ha dejado fuera a los incrédulos empíricos, a los que no reconocen otra realidad que el hecho consumado. El otoño francés ha demostrado que los datos no son neutros, que es preciso definir antes el punto de vista, el criterio desde el que abordarlos, que, para la política, *en el principio estaba la cosmovisión*. Y como la visión del mundo del practicante empirista no sobrepasa los muros de la fábrica, la única verdad es el obrero medio, y la única actividad política posible la de ser su comparsa. Acompañándole en sus cuitas y en sus desplantes ante el patrón, siempre sin salirse del marco que delimitan los muros de la fábrica, nuestro militante del obrerismo, romántico de las grandes causas de la humanidad –mientras no desborden las estrechas fronteras de la fábrica–, aprende su oficio de dirigente y cultiva su espíritu en todos aquellos altos ideales que puedan elevarse, sin sobrepasarlo, hasta el techo de la fábrica. Tal dirigente, curtido en huelgas, en el mercadeo del regateo del convenio colectivo, en transformar la máquina en

barricada cuando es menester, piensa que no necesita aprender otra cosa, que su pequeño mundo de tres dimensiones, delimitado por las paredes y el techo de la fábrica, es suficiente y le dejará preparado para cuando llegue el gran día. Mientras tanto, hay que estar ahí, a pie de calle, hombro con hombro con el obrero de uñas grasientas; mientras tanto, hay que formar parte de estas *masas*, de su movimiento, incorporarse a él, no quedarse fuera. El ostracismo es la muerte política. La teoría no es importante, exige esfuerzos y hábitos ajenos a ese mundo *real y verdadero* de la fábrica con sus tres dimensiones, su techo y sus paredes.

Pero mire usted por dónde que, de repente, los parias, los genuinos parias de la Tierra, surgen por doquier y de la nada, de un mundo remoto y desconocido, y queman la vaca sagrada del obrero de uñas sucias que daba sentido a ese pequeño mundo suyo tridimensional, con paredes y techo. De pronto, la verdad emerge en forma de odio en masa y los pequeños universos establecidos se tambalean, incluido el sistema de coordenadas del dirigente empirista. De súbito, el verdadero mundo real adquiere unas dimensiones insospechadas. De repente y por fin, los hechos, la práctica demuestra la bancarrota de los prácticos. El *otoño francés* ha puesto en jaque al comunista sindicalista y a la política obrerista; ha demostrado que las masas no son esos sectores instalados en el sistema a los que había que adular y cuyos intereses defender; que en estas luchas no se aprende nada, o muy poco, que sea revolucionario; que esta práctica embota las mentes y toda perspectiva con aspiraciones de comprender la realidad social de manera global. La imagen de unos *revolucionarios* preparando movilizaciones con los trabajadores *de cuello duro* a favor de los servicios públicos, contra la privatización de la Sociedad Marítima SNCM o de los ferrocarriles SNCF, o vaya usted a saber qué otra medida contra el capitalismo de Estado, mientras se estaba gestando la revuelta en las *banlieues* de sus ciudades, pone en evidencia la desorientación que sufre el actual movimiento comunista y la profunda crisis por la que atraviesa su política, que aún no ha salido del fondo del pozo en el que la sumergieron los factores que desencadenaron la debacle del Ciclo de Octubre. Y, en particular, los acontecimientos franceses muestran una lección práctica que ni siquiera para un práctico puede pasar desapercibida: que el comunismo dominante hoy es reaccionario, está al servicio de la aristocracia obrera y no de las masas profundas del proletariado; que esa connivencia corruptora le ha hecho perder el pulso de la sociedad, cuyos sectores más bajos, los verdaderos explotados y oprimidos, le son ajenos; que la vía de construcción comunista a partir del movimiento inmediato de resistencia económica es errónea porque impide captar las contradicciones sociales en su conjunto y, en consecuencia, elaborar una política revolucionaria adecuada a las mismas.

La consigna de *ir las masas* de la III Internacional tuvo un sentido claro en su época: ir a las masas era ir al sindicato. Pero las masas ya no están en el sindicato. Ir donde están las masas ya no significa estar en el sindicato. Desde Francia, el otoño del sindicalismo y del economicismo ha llegado.

LA REVOLUCIÓN RUSA DE 1905

I CENTENARIO DEL ENSAYO GENERAL DE LA REVOLUCIÓN PROLETARIA

Hace ya un siglo, en 1905, el proletariado ruso abrió las puertas hacia la gloriosa gesta de 1917, convirtiéndose en la vanguardia del proletariado internacional, y sustituyendo en ese papel a la clase obrera alemana, cuyos líderes del Partido Socialdemócrata Alemán (ese “partido revolucionario que no hace la revolución”) la habían confinado a mera pieza política (o más bien a sus sectores privilegiados) dentro del sistema de dominación y reproducción capitalista.

Hacia el estallido revolucionario

A principios del pasado siglo, la Rusia zarista era un enorme imperio, habitado por unos 130 millones de “almas”, en su inmensa mayoría campesinos muy pobres. La reforma de 1861, que abolía la servidumbre, fruto de una componenda entre la autocracia zarista y los grandes terratenientes, lejos de haber solucionado los problemas del campesinado, había en muchos casos empeorado su desesperada situación, empobreciéndolos aún más y despojándolos de muchos terrenos de los que antes se beneficiaban, acelerando la concentración de tierras en manos de la aristocracia terrateniente. Así, y a pesar de la apertura de ciertos resquicios a la extensión de las relaciones capitalistas, la reforma no solucionó la “cuestión campesina” que continuó siendo uno de los asuntos candentes de la futura revolución rusa.

Junto a esto, a finales del siglo XIX, Rusia iniciaba, principalmente a iniciativa estatal, un rápido proceso de industrialización, que se centraba principalmente en los grandes núcleos urbanos y con una gran participación de capital extranjero (especialmente francés y británico). Una de las principales consecuencias de este proceso fue la vertebración de un creciente proletariado, cuyo número se había cuadruplicado durante la segunda mitad del siglo XIX. Así, el movimiento obrero ruso con las primeras grandes huelgas que buscaban concesiones económicas, hacia 1885. Este movimiento huelguístico adquirió dimensiones crecientes y tintes políticos en los años siguientes, culminando en los sucesos de 1905.

Paralelamente, la vanguardia revolucionaria del proletariado ruso, cuyo nacimiento, por poner una fecha, podríamos cifrar en 1883 con la creación del primer círculo marxista clandestino importante (Emancipación del Trabajo), se

forjaba y fogueaba en la lucha contra los elementos burgueses y oportunistas que pretendían regir la iniciativa revolucionaria del pueblo ruso.

El primero de ellos fue el populismo, que aparece en la década de 1870. Los populistas veían en el campesinado la fuerza principal de la futura revolución y, horrorizados ante los traumas y miserias sociales que supondría la introducción del capitalismo en Rusia, veían la posibilidad de transitar directamente al socialismo a través de la tradicional comunidad campesina o *mir*, en la que veían ya su germen. Fracasada la idea de levantar a la masa campesina (la llamada “marcha del pueblo”), la táctica por la que optaron los populistas, de los *narodniki* a los social-revolucionarios, fue la del terror individual para excitar los ánimos de las masas y eliminar a los representantes de la autocracia.

Para derrotar al populismo, el marxismo revolucionario encontró su primer aliado en el denominado “marxismo legal”, una corriente de pensamiento surgida en la década de 1890. Este “marxismo legal” fue la cortina ideológica que algunos sectores de la raquítica burguesía rusa utilizaron para justificarse a sí mismos, absolutizando los aspectos positivos que Marx había visto en el desarrollo del capitalismo (todo lo contrario de lo que habían hecho los populistas), usando el lenguaje de su obra pero castrando su espíritu revolucionario (P. Struve, representante de esta corriente, había llegado a decir “se puede ser marxista sin ser socialista”). No obstante, esta corriente acabaría degenerando rápidamente hacia el más descarado liberalismo.

Por su parte, los marxistas revolucionarios se habían organizado rápidamente a partir de círculos clandestinos, que se unieron en 1898 en el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR).

Sin embargo, en su seno pronto surgieron nuevas divisiones. La primera fue la del “economismo”, surgido al calor de los éxitos, principalmente económicos, del movimiento huelguístico y que defendía que la clase obrera debía concentrarse en sus luchas inmediatas, dejando en un segundo plano las tareas políticas. Lenin combatió esta tendencia desde las páginas de *Iskra* y con su célebre obra *¿Qué hacer?* (1902), en la que, además de consagrar la ideología como motor fundamental en la construcción del partido revolucionario (“sin teoría revolucionaria no puede haber movimiento revolucionario”), analiza los fundamentos de éste, centrándose en su aspecto principal, la organización de la vanguardia.

La segunda escisión no tardó en llegar, produciéndose en el II Congreso del POSDR (1903), en el que el partido se dividió entre bolcheviques y mencheviques. Esta división puso a la orden del día nuevas y más elevadas tareas, ya que los mencheviques, aunque no negaban la necesidad de la organización política del proletariado, consideraban, haciendo gala de una interpretación dogmática y mecánica del marxismo que identificaba hasta el extremo las tareas políticas con el sujeto que las ha de llevar a cabo, que ya que la cercana revolución era de carácter burgués, debía ser la burguesía la que llevara la

iniciativa, manteniéndose el proletariado a la zaga. Los bolcheviques, por su parte, consideraban a la clase obrera como el actor principal y como el más decidido combatiente contra la autocracia. Además, entendían fundamental para el éxito de la futura revolución la alianza del proletariado con el campesinado (al que los mencheviques apenas prestaban atención, considerándolo una clase esencialmente reaccionaria). La revolución de 1905 daría la razón a los bolcheviques.

Por otro lado, poco antes del estallido revolucionario, la política expansionista rusa le explotó al zar en la cara. La expansión rusa en Extremo Oriente pronto chocó con el imperialismo japonés, el poder emergente en la zona. Las manzanas de la discordia eran Manchuria y Corea, aperitivo de la aún más suculenta China. El desdén de los generales zaristas ante los “monos” japoneses se tornó en pavor ante los sucesivos desastres militares rusos que irán jalando la guerra desde su comienzo, en febrero de 1904. Los reveses en la guerra no podían sino redundar en las miserias que padecía el pueblo ruso (los “éxitos” huelguísticos habían conseguido reducir la jornada laboral de los obreros rusos a once horas y media), haciendo aún más insoportable la opresión autocrática.

La primera revolución rusa

A finales de diciembre de 1904, el despido de varios obreros de la gran fábrica Putilov en San Petersburgo, había provocado el inicio de una creciente ola de huelgas que se extendió por la capital. El 8 de enero¹ hay ya más de 150.000 obreros petersburgueses en huelga. En palabras de Lenin:

“Quedaron paralizados toda la industria, todo el comercio y toda la vida pública de la gigantesca urbe de millón y medio de habitantes. El proletariado demostraba con hechos que la civilización moderna está sostenida por él y sólo por él, que es su trabajo el que crea la riqueza y el lujo, que toda nuestra ‘cultura’ descansa sobre sus hombros.”²

Al día siguiente, domingo 9 de enero, el pope ortodoxo Gapón había convocado a través de su Sociedad de Obreros Fabriles Rusos de San Petersburgo, organización obrera apadrinada por la policía, una multitudinaria marcha hasta el Palacio de Invierno, residencia del zar, para entregar una petición a su “padrecito”

¹ Usamos para las fechas el calendario juliano, vigente en la Rusia de la época y con 13 días de retraso con respecto al gregoriano, instaurado en el país tras la Revolución de Octubre.

² LENIN, V. I.: *Jornadas revolucionarias de 1905*. Diógenes. México D. F., 1973; pág. 26.

autócrata, que incluía principalmente demandas económicas, amén de algunas reivindicaciones políticas de carácter democrático. La multitud marchó pacíficamente, portando iconos, retratos del zar y entonando himnos patrióticos y religiosos. Al llegar frente a Palacio, las tropas disolvieron la manifestación a balazos, dejando un millar de muertos y muchos más heridos. Era el “Domingo Sangriento”, el día que quebró definitivamente la ya agónica fe del pueblo ruso en su “padrecito”. Este salto puede ser simbolizado por el propio Gapón, quien, después de los sucesos, escribió:

“Las sangrientas jornadas de enero en Petersburgo y en el resto de Rusia han hecho que se enfrentaran, cara a cara, la clase obrera oprimida y el régimen autocrático, con el sanguinario zar a la cabeza. La gran revolución rusa ha comenzado.”³



Inmediatamente se levantaron barricadas por toda la ciudad, a la par que las masas, espontáneamente, asaltaban depósitos de armas y alimentos, teniendo lugar las primeras escaramuzas con las tropas zaristas. El malestar y las huelgas se extendieron como la pólvora, mezclándose en Polonia, el Báltico y el Cáucaso con la agitación nacionalista. Era el principio de una serie de crecientes oleadas huelguísticas que culminarían a finales de año.

³ *Ibidem*, pág. 46.

La revolución mostró el verdadero temple y los objetivos reales de las distintas clases. Confirmó las ideas bolcheviques sobre la necesidad de la dirección proletaria en la revolución democrática contra el régimen autocrático y semifeudal, contraviniendo las ideas mencheviques sobre la pusilánime burguesía liberal, dispuesta a aferrarse a cualquier espantajo parlamentario que el zar le ofreciese, como se demostrará en el mes de octubre. También dio la razón a los bolcheviques, de nuevo contra la opinión menchevique, en cuanto a que la principal reserva de la revolución la constituía el campesinado, y en la necesidad de forjar una alianza entre éste y el proletariado (Lenin, en su lucha contra los mencheviques, lanzará la consigna de “dictadura democrática del proletariado y el campesinado”). De hecho, una de las causas del fracaso revolucionario puede hallarse en la falta de coordinación entre las acciones en las ciudades y en el campo.

La revolución fue de marcado carácter espontáneo y ninguno de los grupos que se pretendía de la revolución consiguió ponerse a su cabeza. Los social-revolucionarios se enfrascaron en una campaña de atentados individuales que, a pesar de algunos éxitos como la eliminación del gobernador general de Moscú, en julio, no consiguió enlazar con el movimiento espontáneo de masas. Los mencheviques, por su parte, se mantuvieron a la zaga de la burguesía liberal.

Los bolcheviques, a pesar de no poder trepar hasta la cabeza del movimiento revolucionario, recibieron una importante experiencia en el trabajo de masas y en la acción política a gran escala que, junto a los enormes pasos dados ya en la constitución del partido y el consiguiente deslindamiento ideológico, les permitirían convertirse en dirección del movimiento revolucionario doce años más tarde.

En mayo, el movimiento huelguístico se reactivó de forma ampliada. Por doquier, la multitud de huelgas dispersas de carácter económico se convertían o entrelazaban con grandes huelgas de masas de marcado signo político, a las que se sumaba el estudiantado radical. La inquietud se comenzó a extender por el campo, lo que inevitablemente afectó al ejército (compuesto en su inmensa mayoría por campesinos), produciéndose numerosos motines, desde Vladivostok a Varsovia, el más célebre y legendario de los cuales fue la sublevación en junio de la tripulación del acorazado Potemkin, de la flota del Mar Negro. Además, por estas fechas también, tuvo lugar un acontecimiento fundamental para el curso de la revolución y que acabaría suponiendo un hito en el desarrollo revolucionario de nuestra clase: la constitución del primer soviét de obreros en la gran fábrica de Ivánov-Voznesiensk, a unos 200 kilómetros al noreste de Moscú. Este órgano, instituido para representar a los obreros en sus reivindicaciones económicas, adquirirá muy pronto funciones políticas.

El zar, que tras los sucesos del “Domingo Sangriento” había permanecido impasible, empezó a preocuparse y, en agosto, el ministro del interior, Bulguin, publicó las normas destinadas a regir una especie de parlamento o Duma. No

obstante, las atribuciones de esta Duma eran tan reducidas (se la limitaba a mero órgano consultivo de las leyes que el gobierno se dignara a presentarle), y su constitución tan restrictiva (en la práctica sólo permitía la participación de un limitado número de grandes terratenientes y capitalistas), que en pleno ascenso del movimiento revolucionario, pocas fuerzas opositoras se tragaron el anzuelo. Los revolucionarios, con los bolcheviques a la cabeza, declararon el boicot a este señuelo y la "Duma de Buliguin" fue barrida por la vitalidad de los acontecimientos sin ni siquiera tener la oportunidad de reunirse.



El boicot a la "Duma de Buliguin" fue una acertadísima decisión de los revolucionarios que, al no tragarse el anzuelo parlamentario, lo que hubiera supuesto sin duda una desactivación del movimiento de masas y su encauzamiento en beneficio de la autocracia, permitió a la revolución elevarse a una nueva y superior etapa en los subsiguientes meses de otoño, donde tendrían lugar las batallas decisivas y, con la radicalización de la lucha, el desenmascaramiento de las diversas clases en pugna.

El verano trajo también el fin de la desastrosa guerra contra Japón, a pesar de lo cual, ante lo crecientemente inflamable de la situación interior, la autocracia seguía movilizandando continuamente contingentes militares.

En octubre, la situación por toda Rusia es explosiva. En el campo, tras la relativa calma veraniega, los "desórdenes campesinos" reaparecen con fuerza renovada: más de 2.000 fincas, propiedad de grandes terratenientes, son pasto de las llamas, llegando incluso los campesinos a detener a los propios miembros de la policía. Incluso los zemstvos, especie de concejos electivos instituidos en 1864 y que complementaban a los órganos de poder locales, foco, hasta entonces, de cierta crítica liberal permitida, comienzan a reclamar, como síntoma del miedo de los liberales y del abandono por parte de la burguesía del campo de la revolución, el establecimiento de la ley marcial. En 1906, y con la mitigación del movimiento

proletario, la autocracia pasaría también a la ofensiva en el campo, dando órdenes expresas de “arrasar los pueblos” y “exterminar a los rebeldes”.

En el ejército sucede algo semejante y para el otoño la autocracia siente que no controla las fuerzas armadas, produciéndose numerosos motines (especialmente sangrientos en octubre en Kronstadt y Sebastopol), con el miedo de los oficiales a utilizar las tropas en la represión. No obstante, la falta de coordinación y de un profundo trabajo revolucionario entre las filas del ejército para atraerse a los elementos vacilantes, impedirán la articulación de un claro objetivo político, quedando estos motines en simples “explosiones de cólera”.

En las ciudades comienza la gran huelga política de octubre. Se inició de forma totalmente espontánea y siguió el modelo imperante durante toda la revolución; de una huelga parcial de carácter económico, la de los impresores moscovitas a finales de septiembre, se extendió a una huelga de masas con la adhesión de más capas obreras y del estudiantado (desde agosto, las universidades eran un hervidero con mítines multitudinarios en los que participaban estudiantes y obreros), que adquirió rápidamente tintes políticos democráticos, con la reivindicación de la Asamblea Constituyente. Para mediados de octubre había ya más de dos millones de obreros en huelga. El proletariado ruso aparecía por primera vez ante sí mismo y ante los ojos de la pavorosa burguesía, que se apresuró a abandonar las filas del movimiento democrático, como una fuerza dirigente y el verdadero depositario del futuro.

Al tiempo, se produjo la extensión del modelo soviético, plantándose la semilla de lo que, a partir de 1917, sería la forma de organización del proletariado en clase dominante. El soviét “organizaba a las masas obreras, dirigía huelgas y manifestaciones, armaba a los obreros y protegía a la población contra los pogromos”. El 13 de octubre de 1905 nacía el Soviet de Diputados Obreros en San Petersburgo y de allí se extiende rápidamente a otras ciudades, incluyendo Moscú, constituyéndose, en algunas de ellas, como verdaderos gobiernos provisionales.

La alarma cundió entre los círculos cortesanos y el zar se vio obligado a nombrar Primer Ministro a S. Witte, miembro del ala “liberal” de la camarilla autocrática. Witte redactó un manifiesto, firmado por el zar el 17 de octubre y conocido como “Manifiesto de Octubre”, por el que se prometía el establecimiento de una especie de constitución y de una Duma basada en el sufragio universal, y cuyo fin confeso era atajar la revolución.

La burguesía liberal, que acababa de constituir el Partido Demócrata-Constitucional (y sus miembros conocidos como kadetes), corrió, temerosa del ascenso del movimiento revolucionario, a aceptar la componenda con la autocracia, seguida a toda prisa por los mencheviques, evidenciando el acertado diagnóstico de Lenin que calificó la política de estos últimos de mero “apéndice de la burguesía liberal”.

Los bolcheviques, aunque calificaron de victoria esta conquista, no se dejaron atrapar por las ilusiones parlamentaristas de los mencheviques y, teniendo clara la trampa que este Manifiesto representaba para la revolución, llamaron al boicot a la futura Duma. No obstante, este llamamiento, a diferencia del de agosto, fracasó, en gran parte por la traición de la burguesía liberal y el seguidismo menchevique.

A partir de aquí, la cabeza de la contrarrevolución comenzó a asomar, y las Centurias Negras (bandas ultramonárquicas financiadas por la policía) empezaron a enseñorearse de la situación, poniéndose a la cabeza de numerosos pogromos antisemitas.

Witte, por su parte, combinó la política de atraerse a la burguesía liberal con la mano dura contra los obreros y a finales de noviembre ordenó la detención del soviét de San Petersburgo.

Ante la agresión gubernamental, los socialdemócratas, de acuerdo con los social-revolucionarios, llaman a la huelga general, que para los bolcheviques debía ser el preludio de una insurrección. Ante la desorganización producida por las detenciones masivas en San Petersburgo, el escenario principal de los acontecimientos pasó a Moscú, donde la inspiración mayoritaria del soviét de la ciudad era bolchevique. El 7 de diciembre, la ciudad y toda la región se encontraba paralizada por la huelga. Por momentos parece que el soviét controla la situación, pero lo espontáneo y consiguientemente muy desorganizado del movimiento le impiden ir más allá. El general Dubasov, gobernador general de Moscú, que en principio se ve obligado a mantener a la mitad de sus tropas encerradas en sus cuarteles ante la desconfianza que siente en utilizarlas contra los obreros, recibe refuerzos fiables y rápidamente lanza acciones expeditivas contra los revolucionarios. El día 9 se levantan las primeras barricadas aisladas, que al día siguiente ya se extienden por toda la ciudad. 8.000 obreros están en armas y se inician durísimos combates que causan centenares de víctimas, especialmente sangrientos en el barrio obrero de Presnia (rebautizado como Rojo Presnia tras el triunfo de la Revolución de Octubre). Sin embargo, a pesar de su valor, los obreros son superados en número y armas por las tropas zaristas que, tras una semana de combates, consiguen sofocar la insurrección. Los obreros habían combatido prácticamente solos, sin el apoyo de otras clases que constituían o habían constituido el movimiento democrático: la apatía del campesinado y la traición de la burguesía liberal permitieron a la reacción aplastar la insurrección proletaria de Moscú, a pesar de que los combates se extendieron a otras zonas localizadas (región del Báltico, Sebastopol...).

Los mencheviques mostraron su arrepentimiento por haber participado en una insurrección, en su opinión, prematura, y Plejánov “sentenció”: “no se debían haber empuñado las armas”.

Lenin se opuso tenazmente a estas conclusiones y vio la causa del fracaso en la actuación de los dirigentes, que en todo momento se habían mantenido por detrás del movimiento de masas:

“Nosotros, dirigentes del proletariado socialdemócrata, hemos hecho en diciembre como ese estratega que tenía tan absurdamente dispuestos sus regimientos, que la mayor parte de sus tropas no estaban en condiciones de participar activamente en la batalla. Las masas obreras buscaban instrucciones para operaciones activas de masas y no las encontraban.”⁴

Y, contrariamente a Plejánov, sostuvo:

“[...] lo que se debió hacer fue empuñar las armas más resueltamente, con más energía y mayor acometividad, lo que se debió hacer fue explicar a las masas la imposibilidad de una huelga puramente pacífica y la necesidad de una lucha armada intrépida e implacable. Y hoy debemos, en fin, reconocer públicamente, y proclamar bien alto, la insuficiencia de las huelgas políticas; debemos llevar a cabo la agitación entre las más grandes masas a favor de la insurrección armada sin disimular esta cuestión por medio de ningún ‘grado preliminar’, sin cubrirla con ningún velo. Ocultar a las masas la necesidad de una guerra encarnizada, sangrienta y exterminadora como tarea inmediata de la acción próxima es engañarse a sí mismo y engañar al pueblo.”⁵

No obstante, el fracaso de la insurrección de Moscú supuso el comienzo del definitivo declive de la primera revolución rusa. A partir de aquí, la autocracia se aprestó a recuperar el terreno perdido. Ésta es precisamente otra de las grandes enseñanzas que Lenin extrajo de esta experiencia revolucionaria:

“[...] sólo la lucha revolucionara de las masas es capaz de conseguir mejoras algo serias en la vida de los obreros y en la dirección del Estado. Ni la ‘simpatía’ hacia los obreros por parte de la gente culta ni la lucha heroica de terroristas individuales han podido minar el absolutismo zarista ni la omnipotencia de los capitalistas. Sólo la lucha de los mismos

⁴ LENIN, V. I.: *Enseñanzas de la revolución*. R. Torres. Barcelona. 1976; pág. 14.

⁵ *Ibidem*, págs. 14 y 15.

obreros, sólo la lucha conjunta de millones de hombres ha podido hacerlo, y cuando esta lucha se debilitaba, se comenzaba inmediatamente a arrebatar a los obreros lo que éstos habían conquistado...”⁶

Es decir, las reformas y las concesiones fueron un subproducto de la lucha revolucionaria que apuntaba directamente a los pilares de todo el edificio autocrático. Y ésta es también, si se nos permite traspasar el plano meramente político, una gran lección histórica de toda la experiencia revolucionaria del siglo XX (el Ciclo de Octubre), cuando todas las reformas (el tan cacareado Estado Benefactor...) no fueron sino migajas dadas por la burguesía ante un movimiento comunista aparentemente pujante que buscaba destruir todo el sistema de dominación capitalista. Esto es algo sobre lo que deberían reflexionar seria y honestamente todos aquellos que, hoy en el Estado español, autoproclamándose revolucionarios, olvidan o relegan para las calendas griegas el horizonte estratégico del Comunismo, con las tareas que nos impone, y se centran en demandas tales como la III República, etc.

El epílogo de los acontecimientos revolucionarios, a pesar de mantenerse la inquietud en el campo y de las episódicas huelgas, lo marca la convocatoria de la I y II Dumas.

La I Duma, que se extiende de mayo a julio de 1906, estuvo dominada por los *kadetes* y fue boicoteada por los bolcheviques. Lenin se mantuvo atento a cualquier signo de revitalización del movimiento de masas. Esta confianza en el movimiento espontáneo de masas por parte del ideólogo del partido proletario de nuevo tipo puede resultar curiosa si obviamos que, al fin y a la postre, Lenin no dejó de educarse políticamente en el seno de la II Internacional, es decir, en la interpretación que del marxismo hicieron los dirigentes de la socialdemocracia alemana, que confiaban en el inevitabilidad del derrumbe del capitalismo “por sí mismo” y nunca se avinieron a afrontar seriamente las tareas de la revolución proletaria, lo que daba un amplio margen al espontaneísmo y al practicismo (“el movimiento lo es todo”, había dicho Bernstein). Lenin y los bolcheviques consiguieron desembarazarse, aunque nunca del todo, de algunas de estas premisas, y en función de esta ruptura, siempre incompleta, es como hay que valorar los éxitos y limitaciones del bolchevismo.

El boicot fue un fracaso y los bolcheviques ya participaron en la II Duma (marzo a junio de 1907), más polarizada por la bancarrota de los *kadetes*, desenmascarados ante las masas por sus tratos con la autocracia. Aquí, los bolcheviques recibieron una muy provechosa experiencia en el manejo del parlamentarismo, siempre supeditado a la agitación y a la lucha revolucionaria de masas.

⁶ *Ibid.*, págs. 24 y 25.

La Duma fue disuelta el 3 de junio de 1907 mediante un golpe de mano del nuevo Primer Ministro Stolipin, poniendo fin definitivo a la primera revolución rusa. Como ya hemos dicho, la experiencia práctica de masas que adquirieron los bolcheviques, junto al deslindamiento ideológico y la consiguiente construcción del partido, les permitieron en octubre de 1917 colocarse, esta vez sí, a la cabeza del movimiento de masas y dirigirlo hacia la toma del Poder, hacia el inicio de la Revolución Socialista.

Algunas reflexiones

La revolución rusa de 1905 también nos permite establecer algunas reflexiones de candente actualidad, en vista del panorama que presentan las concepciones políticas entre los elementos de vanguardia del Estado español.

En primer lugar, la revolución de 1905 nos muestra el grado de madurez **histórica** alcanzado por la clase proletaria. Las masas obreras rusas no sólo fueron capaces de organizar por sí mismas sus luchas económicas, sino que fueron más allá articulando demandas de carácter político (incluso cuando la burguesía liberal, al calor de cuyo movimiento se habían engendrado las gestas proletarias decimonónicas, había abjurado de sus deberes históricos, pasando al campo de la contrarrevolución), llegando incluso a generar espontáneamente la insurrección. No obstante, llegados a este punto, el movimiento espontáneo de masas se muestra incapaz de ir más allá. Se hace obvia la necesidad del Partido, garante de la independencia política del proletariado para evitar que sus esfuerzos sean encauzados por clases antagónicas. Formado por estrategias revolucionarios, con una visión global del campo de batalla entre clases, con la revolución como horizonte y con los necesarios vínculos políticos y organizativos con las masas. De esta verdad la revolución rusa nos muestra prolijos ejemplos, tanto “negativos” (1905), como positivos (1917).

Hoy día, cuando el obrerismo y el practicismo hacen estragos entre los círculos de vanguardia, los autodenominados “comunistas” parecen olvidar esas lecciones, subestimando la capacidad de autoorganización de las masas obreras (las luchas contra los despidos o por la subida de salarios saben organizarlas los obreros solos y no pueden ser nunca la tarea **principal** de la vanguardia, y menos en momentos de raquitismo político como éste), arrastrándose tras su movimiento espontáneo y olvidando sus verdaderas tareas: procurarle a la clase su independencia política y volver a colocar la revolución proletaria como referencia; en una palabra, reconstituir el Partido Comunista.

Sin embargo, la experiencia histórica del proletariado ha sancionado la ideología, los principios, como el agente principal en la constitución del Partido. Y aquí nos encontramos con nuevos problemas y paralelismos con la revolución rusa.

El marxismo se encuentra siempre en un estado de permanente revolucionarización (lógico, proviniendo de su naturaleza revolucionaria, que es reflejo teórico de su capacidad de adaptación constante a una realidad que tampoco permanece estática). Su desarrollo y sus triunfos siempre han resultado de la lucha entre los que lo entendían, de una forma u otra, a modo de recetario de fórmulas acabadas y quienes lo han comprendido vivo y en movimiento. De esta “eterna” lucha entre catecúmenos y creadores (en realidad, éstos, los únicos marxistas consecuentes, los únicos revolucionarios), Lenin destaca genialmente entre los segundos. Supo aplicar este marxismo vivo a las condiciones específicas de la revolución rusa y luchó, siempre que sus consecuencias afectaban al desarrollo de esta revolución, contra esa teoría amortajada que era el marxismo de la II Internacional, y cuya expresión más acabada en Rusia eran los mencheviques. El aporte leniniano terminó por suponer para el marxismo un desarrollo de carácter universal, el marxismo-leninismo, que bien se puede centrar **principalmente** (no decimos que esto agote el leninismo) en torno a la cuestión del partido de nuevo tipo, habiendo visto en la dialéctica vanguardia-masas el principal mecanismo de desarrollo revolucionario de la clase obrera.

Actualmente, cuando la postración y la inanición política de la clase obrera y de sus sectores más avanzados han alcanzado niveles inauditos, sucede algo parecido. Ante esta terrible situación, ha llegado la hora de que, entre los elementos de vanguardia del proletariado, se dé una seria reflexión sobre la validez actual de muchas formulaciones e instrumentos. La Nueva Orientación surge precisamente en este contexto (por supuesto, y para los malintencionados, no queremos decir que la Nueva Orientación suponga un desarrollo del marxismo comparable al leninismo, sino que creemos que es precisamente el marxismo-leninismo aplicado a las condiciones del Ciclo de Octubre finalizado, con el comunismo en un estado de liquidación sin precedentes a todos los niveles: político, organizativo e ideológico).

El marxismo ha perdido esa posición de referencia, no sólo a nivel de las luchas obreras, sino también a amplio nivel social, que un día ocupó. Los círculos de vanguardia que actualmente, y en el mejor de los casos, se postran ante el movimiento espontáneo de las masas para intentar, desde allí, elevarlo a su posición, no comprenden este cambio fundamental, propio del final del Ciclo de Octubre. Las masas, actualmente, no entienden ni pueden entender, puesto que se han perdido los resortes culturales que un día existieron —esa posición de referencia social—, el discurso revolucionario. A su vez, la historia ha demostrado, para quien quiera verlo, que el movimiento espontáneo de la clase no genera revolución, sino más conciencia burguesa y autoafirmación del obrero como tal obrero, como engranaje del mecanismo capitalista. Para superar esta situación el obrero sigue necesitando conciencia, ideología, y proporcionársela es precisamente la tarea de la vanguardia. Sin embargo, aquí nos encontramos con un discurso que ya no vale, y no sólo por la quiebra del llamado “socialismo real”,

sino porque él mismo acabó convirtiéndose en un recetario de fórmulas que la historia terminó finalmente por desgastar, de forma muy similar al doctrinarismo socialdemócrata de corte kautskiano al que tanto combatió Lenin. Y éstas son precisamente las tareas que plantea la Nueva Orientación, a saber, la reconstitución de este discurso desde la lucha vivificadora entre los sectores de vanguardia que lo restituya en esa posición de referencia y lo vuelva a convertir en un instrumento transformador válido. Así, reconstitución ideológica del comunismo como paso previo, y a la vez insoluble, de su reconstitución política y pilar básico de toda futura edificación revolucionaria. Éstas son las tareas que tenemos planteadas, y que la Nueva Orientación pone a la orden del día, los que queremos volver a transitar por la senda que ya un día nos mostró Octubre.

Manuel Ponte



FE DE ERRATAS: Debido a un *lapsus* discursivo, en el número anterior de LA FORJA, página 64, última línea, donde dice **Godelier**, debería decir, naturalmente, **Garaudy**. Una jugarreta de los duendes que todo lo revuelven en las Redacciones de prensa nos hizo traer a colación, paradójicamente, a un autor de una corriente dentro del marxismo opuesta a la del que estábamos comentando.

El siguiente documento trata sobre el problema sindical desde la óptica de la Nueva Orientación. Su interés no reside en ningún novedoso aporte a nuestra línea política, sino en que su autor es el jefe de la facción de renegados que ahora hace un año abandonó nuestro partido. No por ello carece de provecho, de modo que lo publicamos como si fuera nuestro porque lo suscribimos en sus términos, a pesar de cierta rigidez argumental, propia del característico pensar lógico-formal del autor, y de algún que otro planteamiento metafísico subyacente, como la oposición abstracta emancipación humana-lucha obrera de resistencia, la ausencia de toda propuesta práctica para la fase actual de nuestro movimiento (este hombre ha pasado de propugnar la teoría pura a la práctica pura sin solución de continuidad) y el empeño en plantear el problema de las bases de la existencia de la aristocracia obrera en términos moralistas (“soborno”) o como reflejo en el sindicato de la división del trabajo (burocracia), olvidándose del conjunto de relaciones internacionales económicas y políticas y de la posición objetiva que en él ocupa el proletariado de los países imperialistas, que es su verdadera base material. Tampoco queremos disimular el otro motivo: que el documento tiene un indudable interés etológico para los estudiosos o interesados en la conducta humana, y quienes quieran comprender los mecanismos del comportamiento típico del perjuero traidor o mentiroso compulsivo tienen aquí una fuente digna de atención. Tal vez nos ayuden a entender a los demás cómo se puede escribir lo que sigue para, acto seguido, defender absolutamente lo contrario. ¿“Dinero”?, ¿“poder”?, ¿“prestigio”?, ¿“comodidad”?, ¿“tranquilidad”?, ¿deseo de “aceptación por ‘los de arriba’”?...

El texto fue elaborado como balance –en la clave de la política de la dirección partido– de una determinada experiencia personal del autor como delegado sindical de CC.OO. en un conflicto colectivo, experiencia que le conminó a abandonar el sindicato, aunque no sin la ayuda de la presión y la insistencia de nuestro Comité Central, por cierto. Quizá aquel remoloneo ya demostraba por entonces que este sujeto no pensaba como escribía, ni escribía lo que pensaba; quizá comenzó pronto a añorar el *status* de funcionario sindical...

Finalmente, hemos suprimido cualquier referencia que permitiera identificar ese conflicto colectivo, aunque sólo sea por ahorrarle al autor el bochorno de que se sepa con qué *clase obrera* se codea y qué tipo de *trabajadores* pretende *elevar* hacia la conciencia revolucionaria.

Acerca del sindicalismo, sus limitaciones y cómo superarlas

Las críticas fundamentales y fundamentadas que, con motivo del Preacuerdo [...] y de la desconvocatoria de la huelga del 27 de Noviembre, se han dirigido a la Dirección del sindicato no han sido aceptadas ni siquiera contestadas por ésta. Tal actitud merece una reflexión. ¿Se puede reputar por democrática una organización en la que sólo cuenta la opinión de unos pocos, que además son los que todo lo deciden? ¿Puede servir a los trabajadores una organización cuyos

dirigentes desprecian determinados puntos de vista por el mero hecho de ser demasiado “radicales”, “duros”, “anticuados”, etc., en lugar de molestarse en demostrar –si pueden– que no se ajustan a la realidad? La acción sindical se refiere principalmente a **intereses** y no a gustos, inclinaciones o sensibilidades; su definición se asemeja más a la ciencia que al arte, por lo que debe tratar los problemas racionalmente, buscando la verdad objetiva, válida para los más diversos sujetos (la ley de la gravedad es cierta para todos, nos guste o no). Descartar *a priori* determinadas opiniones porque rebasan “lo políticamente correcto” sólo puede servir a intereses espurios que tratan de imponerse contra la razón y su aprendizaje por las masas; intereses oscurantistas y reaccionarios de quienes se afanan en obstaculizar el progreso y la liberación social, perpetuando la división en clases (dominadores y dominados).

Composición

En el movimiento sindical coexistimos individuos que, según su conciencia, podríamos clasificar, a resultas, en dos grupos:

- 1.– Quienes priorizan solucionar los problemas **inmediatos** a través de la unidad organizada de aquellos que los comparten (resistencia).
- 2.– Quienes priorizamos solucionar los problemas más generales y fundamentales de la humanidad (emancipación) mediante un proceso sistemático de transformaciones que involucran, entre otros, la acción sindical, es decir, la defensa de los intereses económicos inmediatos de los trabajadores asalariados frente al capital y su Estado.

El sindicalismo: ventaja y límites (corporativismo y colaboracionismo)

Entre ambos enfoques media una diferencia cualitativa e incluso una oposición en cuanto que la lucha de resistencia no se propone necesariamente la destrucción de las relaciones sociales capitalistas, sino defender, dentro de ellas, a los que venden su fuerza de trabajo; mientras, la lucha emancipatoria se propone superar el régimen social actual y, en general, la división de la humanidad en clases.

La concepción clásica acerca de la relación entre estas formas de pensar o, mejor dicho, entre estos dos niveles de conciencia se viene repitiendo acríticamente en nuestros días. Marx consiguió sintetizarla del modo siguiente:

“[...] el propio desarrollo de la moderna industria contribuye por fuerza a inclinar la balanza cada vez más a favor del capitalista y en contra del obrero, y que, como consecuencia de esto, la tendencia general de la producción capitalista no es a

elegir el nivel medio de los salarios, sino, por el contrario, a hacerlo bajar, o sea, a empujar más o menos el *valor del trabajo a su nivel mínimo*. Pero si la *tendencia*, dentro de este sistema, es tal, ¿quiere esto decir que la clase obrera deba renunciar a defenderse contra las usurpaciones del capital y cejar en sus esfuerzos para aprovechar todas las posibilidades que se le ofrezcan para mejorar temporalmente su situación? Si lo hiciese, veríase degradada en una masa uniforme de hombres desgraciados y quebrantados, sin salvación posible. Creo haber demostrado que las luchas de la clase obrera por el nivel de los salarios son episodios inseparables de todo el sistema del salariado, que en el 99 por 100 de los casos sus esfuerzos por elevar los salarios no son más que esfuerzos dirigidos a mantener en pie el valor dado del trabajo, y que la necesidad de forcejear con el capitalista acerca de su precio va unida a la situación del obrero, que le obliga a venderse a sí mismo como una mercancía. Si en sus conflictos diarios con el capital cediesen cobardemente, se descalificarían sin duda para emprender movimientos de mayor envergadura.

Al mismo tiempo, y aun prescindiendo por completo del esclavizamiento general que entraña el sistema del salariado, la clase obrera no debe exagerar a sus propios ojos el resultado final de estas luchas diarias. No debe olvidar que lucha contra los efectos, pero no contra las causas de estos efectos; que lo que hace es contener el movimiento descendente, pero no cambiar su dirección; que aplica paliativos, pero no cura la enfermedad. No debe, por tanto, entregarse por entero a esta inevitable guerra de guerrillas, continuamente provocada por los abusos incesantes del capital o por las fluctuaciones del mercado. Debe comprender que el sistema actual, aun con todas las miserias que vuelca sobre ella, engendra simultáneamente las *condiciones materiales* y las *formas sociales* necesarias para la reconstrucción económica de la sociedad. En vez del lema conservador de '*¡Un salario justo por una jornada de trabajo justa!*', deberá inscribir en su bandera esta consigna revolucionaria: '*¡Abolición del sistema del trabajo asalariado!*'."⁷

En esta concepción clásica, se trataba, pues, de ir aportando conciencia al movimiento de resistencia en desarrollo, movimiento que, por sus intereses,

⁷ Marx: Salario, precio y ganancia; en Marx, K. y Engels, F.: *Obras escogidas*. Ed. Akal. Madrid, 1975; tomo 1, págs. 463 y 464.

tendía a ella espontáneamente. Sin embargo, todo esto entró en crisis desde finales del siglo XIX como se observó en Inglaterra, luego en toda Europa y América del Norte, y hoy en día casi en todo el planeta. El capitalismo modificó su desarrollo predominantemente cuantitativo y experimentó un salto cualitativo: el imperialismo o monopolismo, con sus superganancias que posibilitan el soborno de la capa superior de la clase obrera (incluyendo en ella a la burocracia de sus organizaciones) y que proceden de la brutal explotación de las grandes masas trabajadoras del mundo. Desde entonces, el sindicalismo tiende continuamente a renunciar a la defensa de los que “nada tienen que perder salvo sus cadenas”, para coludirse con el negocio global imperialista, contribuyendo a la corrupción intelectual y moral de los trabajadores.

Por otra parte, el concepto de “sindicalismo de clase”, en principio, no nos pone en absoluto a salvo de un enfoque estrechamente resistencial, puesto que una defensa de los intereses inmediatos de los obreros en general (como clase) no incluye forzosamente la necesidad de emanciparse de su condición de clase.

Por último, ni mucho menos son idénticos los intereses inmediatos de quienes sólo pueden vivir a condición de vender su fuerza de trabajo (proletariado). De ahí la propensión de éstos a agruparse inicialmente por profesiones, empresas o sectores, antes que como clase. En el desarrollo de su lucha gremial, tal heterogeneidad puede llegar a ser entendida como antagonismo y degenerar en corporativismo. Pero eso no es necesario. También puede ocurrir que el desarrollo de esa lucha gremial –si es consecuente– sirva de ejemplo y estímulo para otros, y revele la identidad de los intereses más fundamentales de los distintos destacamentos de trabajadores frente a su enemigo común (la burguesía).

El corporativismo conduce al conciliacionismo entre clases, a la colaboración del sindicato con la dominación capitalista, siendo el fascismo su expresión extrema. Pero no es el único camino para ello, como evidencia la historia de CC.OO. y UGT desde los pactos sociales de la llamada Transición Democrática. Un sindicato a base de toda la clase pero que **no se inscribe en una perspectiva consciente y real de supresión de la división de la sociedad en clases** (al igual que la lucha de clases concebida en abstracto) no rebasa el marco de la ideología burguesa y, por lo tanto, no puede por menos que reproducir las relaciones sociales dominantes dentro de su movimiento. Así es como la inevitable y mínima división del trabajo que exige la organización sindical se desarrolló como burocracia cada vez más separada de las masas trabajadoras, opuestas a ellas y dispuesta a sacrificarlas en provecho de sus intereses corporativos (no siempre dinero, también poder, prestigio, comodidad, tranquilidad, aceptación por “los de arriba”, etc.).

Y esta tendencia objetiva se impone lenta e imperceptiblemente por encima de cualquier intencionalidad subjetiva, como hemos comprobado empíricamente con la reciente actuación de los dirigentes de CC.OO. [...] que, sin

embargo, se habían significado anteriormente con la exigencia a su confederación de un “giro a la izquierda”.

¿Por dónde empezar?

La contradicción entre el movimiento de resistencia y la lucha emancipatoria, en nuestra época, presenta dos etapas en su desenvolvimiento.

Cuando la segunda ha adquirido un carácter hegemónico sobre la base de una elevada conciencia, el sindicato se subordina a ella, como la parte al todo, y, a la vez que impulsa una resistencia efectiva, contribuye al desarrollo político de las capas más atrasadas del proletariado. Pero, en un momento como el actual, cuando el nivel de la conciencia está tan bajo, esta última función aparece muy mermada y, además, cualquier manifestación del movimiento obrero desemboca pronto en el oportunismo colaboracionista (corporativo o “de clase”) o, en el mejor de los casos, en la impotencia del anarcosindicalismo. Y es que la prosternación del movimiento ante la espontaneidad lo somete necesariamente a la ideología burguesa dominante, que ya es esencialmente reaccionaria.

¿Cómo romper el círculo vicioso en que se ve hoy encerrado el movimiento obrero?

Sin perjuicio de la legitimidad de la auténtica resistencia sindical (mientras dure), la clave reside fuera de ahí, fuera de su problemática y de su organización. Se trata, al contrario, de centrar en la resolución de los problemas fundamentales de la emancipación humana, en la reconstrucción de la ideología antagonista de la dominante: la concepción del mundo marxista. Quienes así lo comprendan deben organizarse con ese fin (muy particularmente, para recuperarse de la derrota de la experiencia socialista del siglo XX mediante su análisis crítico) y no rebajarlo hacia el sindicalismo por afán de agrupar inmediatamente masas mayores. Esto aparenta ser un objetivo y una práctica muy alejados de las necesidades candentes de los trabajadores, pero, a fin de cuentas, éstas únicamente podrán encontrar cabal satisfacción mediante la redefinición de las prioridades aquí propugnada.

El sindicalismo está moribundo: indiferente a la emancipación y creciente freno de la resistencia, se ve reducido a *holding* de servicios en pago por su traición y para seguir cumpliendo efectivamente esta función.

La tentación sindical y resistencialista debe ser enterrada para todos aquellos que, consecuentemente, deseen luchar por la emancipación humana. Hoy toca separarnos, escindirnos del sindicato, para volver a encontrarnos con él en un futuro para el que hayamos forjado unas condiciones cualitativamente diferentes y superiores de conciencia.

El texto siguiente fue editado por el Partido Comunista Revolucionario como panfleto dirigido a los asistentes a la edición de 2005 de la Fiesta del PCE revisionista

¡LA IDEOLOGÍA PROLETARIA AL MANDO!

Quienes asistís todos los años a la Fiesta del PCE ya conocéis nuestra trayectoria. El PCR nace en el contexto del fracaso ya incuestionable del “socialismo real”, con el fin de romper con y combatir al causante de ese fracaso, el revisionismo. Nuestro proyecto se construye sobre un Plan de Reconstitución del Partido Comunista (PC), basado en la asimilación del marxismo-leninismo desde la formación en el estudio de los clásicos y en la investigación de la experiencia histórica de la construcción del socialismo (Balance). Se trataba, en resumen, de recuperar las bases ideológicas que el revisionismo había repudiado, considerando que todo consistía en volver a retomar un discurso al que se había renunciado; es decir, no era el discurso revolucionario en sí mismo el objeto de la obra liquidacionista del revisionismo, sino simplemente el carácter revolucionario de los viejos partidos comunistas, que se habían apartado de la senda de la revolución al renunciar al marxismo-leninismo. Pero éste se mantenía incólume.

El Plan contemplaba también la actividad en el terreno práctico del movimiento de masas, al que nos dirigíamos con el mensaje revolucionario que íbamos aprehendiendo con el fin de elevarlo hacia las posiciones del socialismo científico. Sin embargo, la experiencia en este terreno ya nos mostró ciertos indicios de que nuestro trabajo no estaba bien encaminado. La nula receptividad de nuestro discurso entre las masas provocaba el aislamiento de las posiciones revolucionarias y nos fue situando cada vez más en posiciones sectarias. El traslado de cuestiones de principios a un terreno en el que se demandan respuestas prácticas inmediatas fue aumentando la incomprensión de nuestro punto de vista sobre la naturaleza de las tareas más urgentes, y poniendo en evidencia el divorcio entre los problemas teóricos de la Reconstitución y el trabajo de masas tradicional, que reproducíamos de manera mecánica en nuestra actividad. Esto exigía una rectificación en nuestra línea de masas.

Pero fueron los resultados de nuestra actividad teórica, principalmente a través de nuestro conocimiento de la experiencia de la revolución soviética, lo que nos permitió comprender que las raíces últimas del fracaso de la experiencia revolucionaria del Ciclo de Octubre se encontraban en los límites políticos y sobre todo ideológicos de la constitución del factor subjetivo de la revolución. La relativa asunción de la teoría de vanguardia por parte de los partidos revolucionarios creó las condiciones determinantes que explican los fatales errores cometidos en la formulación de la línea política adecuada a las

necesidades del desarrollo del socialismo. Por lo tanto, el pilar sobre el que se fundamentaba nuestro plan, las obras “clásicas” del marxismo-leninismo, se resquebrajaba. Si, en general, la derrota final se encuentra en germen en muchos de los planteamientos del plan inicial de la revolución, sería criminal cometer el error de formarnos en el aprendizaje talmúdico de la teoría en la que se basaban esos planteamientos. Era preciso asumir la teoría de vanguardia desde la crítica para reunir sus elementos en una concepción coherente del mundo. Esto implicaba la apertura ante nosotros, de manera inesperada, de una nueva tarea crucial: el problema de la Reconstitución ideológica del comunismo, como condición previa a su Reconstitución política (PC). Por otro lado, implicaba también la conclusión de que fue el fenómeno de acumulación de errores lo que fraguó la victoria del revisionismo; de que lo que pasaba por “desarrollo del marxismo-leninismo” no eran más que tesis fundadas sobre la base del error previo, por lo tanto, sobre el revisionismo. En definitiva, se trataba de que la incapacidad para estar a la altura teórica de las necesidades políticas de la revolución había provocado la creciente transformación del marxismo en revisionismo; se trataba de que lo que había sufrido un proceso de liquidación era la propia ideología comunista. Ésta no permaneció a salvo de los procesos de liquidación política y organizativa del movimiento comunista, como pudimos creer. También fue víctima de ellos. Ya no se trataba de “defender” o “salvar” a la teoría “pura” de los ataques de un agente “extraño”, el revisionismo, sino de que el marxismo se había transformado en su contrario y de que no existía refugiado en ningún olimpo teórico. Había sido liquidado, quedando ante nosotros sólo sus restos mortecinos (aquellos “clásicos”). Por lo tanto, había que reconstituirlo. La Reconstitución teórica del marxismo-leninismo se nos presentaba ahora como un asunto de máxima urgencia.

Sin embargo, un sector de nuestro partido se negó aceptar las consecuencias políticas de nuestra experiencia y, tras su escisión del PCR, ha decidido insistir y profundizar en nuestros errores. De esta manera, en lugar de comprender la necesidad de elevarse a la altura que exige la solución de los problemas teóricos de la Reconstitución del comunismo como combatiente de vanguardia, apuestan por “bajar” más hacia las masas, anteponiendo como principal el trabajo práctico en el entorno de las luchas de resistencia. Sin ninguna duda, esto les obligará a profundizar en sus posiciones sectarias si su intención es la de no renunciar a la defensa intransigente de los principios, o bien a caer en el oportunismo como única respuesta a su aislamiento, opción, ésta, la más probable (y nos consta que ya han dado los primeros pasos en este camino). Por otra parte, su negación absoluta y absurda de los problemas teóricos de la revolución (para ellos, la revolución sólo tiene problemas prácticos), les ha obligado a resolver la cuestión del Balance a la ligera. Para ellos, “fue determinante el atraso social de los países en que el proletariado empezó a conquistar el Poder político”, es decir, han pasado a defender la vieja tesis menchevique de la inmadurez del factor

objetivo de la revolución, es decir, la vieja tesis plejanovista de que “no debemos coger las armas”. Tesis que pone en evidencia su “apoyo” formal a revoluciones, como la de Nepal –país atrasado donde los halla–, a los que de hecho están negando carta de naturaleza.

La expresión más clara del estado de liquidación del movimiento obrero como movimiento revolucionario es el dominio absoluto del proscenio por parte del tradeunionismo y de quienes niegan el papel de la teoría y la necesidad de poner en el orden del día las cuestiones teóricas de la revolución proletaria, en general, y de la Reconstitución del comunismo, en particular. Para el proletariado, sin embargo, se trata de un asunto de vida o muerte. El carácter de nuestra época exige que la clase obrera se dote de un destacamento que esté a la altura de los nuevos retos, de su comprensión y de la articulación de respuestas políticas ante ellos. Vivimos una época inédita desde el punto de vista de la revolución. Este periodo es un periodo prerrevolucionario: nos hallamos en vísperas de un nuevo ciclo revolucionario. Podemos establecer cierto paralelismo con la época anterior a 1917. Pero también es un periodo posrevolucionario: resultado de una derrota histórica en toda línea del proletariado. Y esto es inaudito, absolutamente original. Esta circunstancia crea condiciones políticas nuevas y nuevos problemas, cuyas soluciones no van a ser halladas en ningún libro ni copiando ninguna vieja receta. A la altura de las nuevas exigencias sólo podrá situarse una vanguardia que haya sido construida desde la asunción de la concepción del mundo marxista, desde la lucha por su reconstitución como referente ideológico del movimiento obrero (condición perdida desde su liquidación), elevándose en la solución de los problemas de principios y de índole estratégica de la lucha de clases del proletariado, y en su formación como estado mayor de la revolución. Por el contrario, la escuela del practicismo, de la guía por el movimiento espontáneo y de resistencia de las masas, la formación de cuadros en el sindicalismo y en la lucha económica sólo acarrearán el estancamiento eterno del movimiento obrero y el triunfo definitivo de la barbarie.

Esta es la NUEVA ORIENTACIÓN que el PCR ofrece al resto de la vanguardia del proletariado.

**Por la Reconstitución ideológica del comunismo
¡Viva el Marxismo-Leninismo!**

**Por la Reconstitución política del comunismo
¡Viva el Partido Comunista!**

**¡Forjemos comunistas en la lucha de dos líneas
contra el revisionismo y el oportunismo!**

El movimiento espontáneo en imágenes

El primer gran ciclo de la Revolución Proletaria Mundial (1917-1989) nos ha dejado un rico legado del que es preciso aprender con el fin de preparar con mejor éxito la ofensiva de la próxima oleada revolucionaria. Sin embargo, en esa herencia también están incluidos determinados prejuicios y apreciaciones ideológicas distorsionadores cuya pervivencia, por su naturaleza errónea o mistificadora, impediría –como ya impidió– la comprensión cabal de las leyes que rigen la transformación revolucionaria de la sociedad, y que por ello es preciso combatir y depurar como condición para una exitosa Reconstitución del marxismo como ciencia revolucionaria y como teoría de vanguardia. Una de esas nefastas herencias es el mito del desarrollo espontáneo de la conciencia revolucionaria de la clase obrera, o, si se quiere, el mito de la esencia revolucionaria innata del obrero que acompaña a su modo de existencia. Esta fábula nació al mismo tiempo que el pensamiento revolucionario del siglo XIX y es una de sus marcas de juventud, vestigio de inmadurez que acarreó consecuencias graves, y que el proletariado, hoy en edad adulta, debe superar.

En el siguiente reportaje fotográfico, se muestran ejemplos de manifestaciones políticas de las masas obreras que han protagonizado capítulos muy conocidos de la historia, algunos de los cuales son celebrados este año por la burguesía por cumplir algún aniversario. Lo que demuestran esos episodios es, no por casualidad, el motivo del jubileo de la clase dominante al recordarlos: que el espontaneísmo de las masas, por mucha apariencia de radicalismo o revolucionarismo que transmita, ha estado y estará siempre dirigido por y al servicio de los intereses de alguna otra clase hegemónica o de la clase dominante; que, por definición, un movimiento revolucionario es antagónico a todo espontaneísmo, y que todo movimiento revolucionario de masas sólo es posible a condición de que la vanguardia conquiste la posición política adecuada para ejercer su influjo ideológico consciente sobre ese movimiento espontáneo para transformarlo en su contrario; es decir, que, por su naturaleza, toda manifestación espontánea de las masas, a la larga y sin la influencia de la vanguardia, es contrarrevolucionaria.

Desde que Lenin escribiese su *¿Qué hacer?*, hace más de un siglo, el desarrollo de la lucha de clases del proletariado ha alcanzado un grado tal de acumulación de experiencias suficiente como para que el culto a las masas pueda ser desterrado de la política comunista. Para los tozudos engraidos derechistas, que todavía quieren embaucarnos con el mito romántico de la revolución espontánea, va dedicada la siguiente galería de imágenes.



Los *batallones rojos* (1915). Durante la revolución mexicana, la clase obrera se había agrupado en la Casa del Obrero Mundial, a cuyos miembros el gobierno de Venustiano Carranza armó para combatir a los ejércitos de Villa y Zapata y abortar la vía democrático-revolucionaria. 10.000 obreros formaron los mencionados *batallones rojos*, enfrentándose a sus hermanos de pobreza.



La *marcha verde* (1975). Las masas populares marroquíes apoyando el colonialismo alauita en el Sahara occidental.



Manifestación del sindicato obrero polaco *Solidaridad*, fundado en 1980. Sin palabras.



El sistema Volkswagen. El sindicalismo de masas tradicional es fiel reflejo de las relaciones sociales burguesas y de la conciencia de clase espontánea de los trabajadores. La alianza del capital y la aristocracia obrera permitió un sistema de gestión económica en el que el trabajador podía participar en las decisiones de la empresa. La otra cara de este mecanismo de reproducción de las relaciones de explotación capitalista fue la corrupción, ahora elevada a escándalo, del comité de empresa (lógico, cuando se reproduce un sistema en sí corrupto), al que se sobornaba con viajes, regalos y servicios de prostitución. Y es que el sindicalista corrupto no es una anomalía, sino la expresión natural de la conciencia del obrero privilegiado, de su mentalidad aburguesada y de su modo de vida consumista.